

EL PROCESO A

EZRA POUND



*La escritura
y el poder**

*Por Fritz J. Raddatz***

Antes de cada transmisión de Ezra Pound, entre 1941 y 1945, Radio Roma emitía en inglés, el siguiente texto de presentación. En aquella época Pound era considerado una de las pocas personalidades públicas célebres que había traicionado a su país en guerra, los Estados Unidos. Fue amenazado de detención de por vida, e incluso de pena de muerte.

Locutor: Con el fin de permitir a quien tiene una opinión personal, de expresarla libremente, hemos garantizado al Doctor Pound el uso sin control alguno de nuestros micrófonos para dos transmisiones semanales. Ninguno pretende que sostenga cosas que vayan contra su conciencia o que lo lleven a traicionar sus deberes de ciudadano americano.

Después de la lectura de este texto, se escuchaba la sigla de la estación radiofónica y el mismo presentador decía:

Locutor: "Aquí, la voz de Europa, Ezra Pound les habla".

(El texto a continuación es un extracto de una de las transmisiones de Pound difundida por Radio Roma. Dicho en voz baja, titubeante, casi frágil. Cualquiera que hubiere escuchado a Pound afirmar: se tiene la impresión de que Pound hablase consigo mismo y no que se estuviera dirigiendo a los escuchas).

* Documentos reunidos para la radio. Selección de Fritz J. Raddatz. El artículo fue publicado en *Lettera*, revista trimestral, edición italiana dirigida por Federico Coen, Antonin J. Liehm y Vittorio Strada, año 2, núm. 6, Roma, otoño (octubre-diciembre) de 1985, pp. 24-35.

** Escritor, ensayista, periodista alemán, director de la sección cultural de *Die Zeit*.

"Que los Estados Unidos estén mal informados, o falsamente informados, sobre la situación en Europa, no es razón suficiente para que ustedes mis queridos escuchas, elijan hacer lo mismo. Claro, por el momento es sumamente difícil, en cualquier país del mundo, procurarse informaciones serias sobre otros países. Desde hace tiempo imploro a los americanos que envíen observadores objetivos y neutrales a Europa. Entiendo por esto, personas cuyas opiniones e ideas no estén limitadas por los propósitos de agentes publicitarios de periódicos o de grupos a los que pertenecen. Escuchar y mirar es una cuestión de buena voluntad y de disponibilidad intelectual. Por el momento, temo de verdad que mis adversarios se rehusen a escuchar hasta estos cinco minutos de transmisión.

"Son años y años que intento explicar a los americanos la situación en Europa. Desde hace tiempo se ha inculcado a los americanos una imagen de Italia que no tiene nada que ver con la Italia en la que vivo. La conciencia se conjuga aquí con la mala fe. La historia de América de los últimos treinta años coincide, para el resto del mundo, con la historia de una agresión económica ininterrumpida. Los Estados Unidos son el país de los Rockefeller, de los Guggenheim, de los Morgan. Las guerras del algodón o las del petróleo, tal como fueron descritas por un escritor polaco en sus libros, no son las únicas en las que pienso, porque pienso también en las guerras del oro y en las de los mercados. Tiene razón, creo, quien ha visto en el imperialismo económico el verdadero corazón del sistema americano, su quintaesencia, su sustancia más íntima.

"Pero cuando los instintos rapaces, manifestados por una clase o por un estrato social en su lucha contra el resto de los pueblos, marcan hasta este punto la ley interna de una nación, es difícil para otra, entender con qué derecho un sistema se-

mejante estaría autorizado a dispensar lecciones de virtud. De esto volveremos a hablar”.

Locutor: Han escuchado a Ezra Pound. Aquí, Radio Roma, en onda media. Nuestra emisora transmite dos veces a la semana los comentarios de Ezra Pound.

Estas alocuciones radiofónicas y otras del mismo tipo, hechas por el poeta y ensayista americano Ezra Pound para la radio italiana en el curso de la segunda guerra mundial, le valieron la acusación de alta traición a favor de las potencias fascistas del eje. Los discursos radiofónicos de Pound se inspiran –aunque de manera extremadamente confusa– en su convicción profunda: la omnipotencia del dinero sobre todo en Estados Unidos, llevaba al occidente a la ruina. Ezra Pound fue condenado en contumacia por la *District Court of Columbia* en 1943.

Ezra Pound, nacido en Hailey, Idaho, el 30 de octubre de 1885, ciudadano de Estados Unidos de América del Norte, y en cuanto tal, sometido al deber de lealtad hacia Estados Unidos, por violación del susodicho deber de lealtad, de manera deliberada, premeditada e ilegal, con la evidente intención de traicionar a su país, ha prestado ayuda y asistencia a los enemigos de Estados Unidos, al Reino de Italia y a sus aliados militares con los cuales Estados Unidos se encuentra en estado de beligerancia desde el 11 de diciembre de 1941. Propagandista radiofónico de parte del Reino de Italia, ha redactado textos, discursos, alocuciones, y anuncios destinados a la difusión de parte de emisoras de onda corta, con el fin de sublevar a los ciudadanos de los USA contra la guerra, de debilitar y destruir su confianza en el gobierno y de reforzar la moral de los súbditos del Reino de Italia.

Arrestado el 2 de mayo de 1945 en su casa de San Ambrosio, de la provincia de Rapallo, por guerrilleros italianos y por la policía militar americana, Pound no imaginó ni siquiera por un instante lo que estaba por ocurrirle: pide ser conducido a Lavagna, al comandante estadounidense más cercano, en estos términos:

“Lo más difícil para mí es ignorar en modo absoluto todo aquello que ha sucedido en USA y en Inglaterra entre 1940 y 1945; me encuentro frente a un verdadero muro de niebla. Tengo sin embargo conocimientos detallados sobre todo lo que tiene que ver con Italia y el Japón –y toda mi energía la pongo a disposición del Presidente Truman”.

La única respuesta fue el siguiente cablegrama, transmitido en Washington el día 21 de mayo de 1945:

Ezra Pound en las manos de la policía militar. Referirse mensaje del 14 mayo dirigido general comandante en jefe, Secretaría de Guerra. Deposition escrita por Pound y otros documentos enviados vía aérea aeropuerto Forney el 21 de mayo. Petición urgente directivas de disposiciones para tomar en cuenta Pound.

Respuesta telegráfica:

Al comandante en jefe de la V armada, Mediterranean Theater of Operations:

Con relación al Dr. Ezra Pound, ciudadano americano (referencia: directiva telegráfica no. 2006, V armada) acusado de alta traición por el tribunal federal.

Para conducirlo inmediatamente campo disciplinario, bajo vigi-

lancia, detención hasta nuevas órdenes, a disposición de la justicia. Medidas de seguridad reforzadas para prevenir tentativas fuga o suicidio. Entrevistas rigurosamente prohibidas. Ningún trato especial.

La prisión

– ¡Bueno!... Aquí Norbert Miller, corresponsal de UPI en Roma. ¿Es la redacción parisina del *Herald Tribune*?

– Yes, Sir... ¿Con quién desea hablar?

– Con el *Feature-editor*, por favor.

– Hallo, this is Halderman speaking.

– Well, you know... Ezra Pound está encerrado desde hace poco en un campo disciplinario del ejército, cerca de Pisa. Está en el aislamiento más completo, está prohibido entrevistarlo. Logré entrevistar a uno de sus compañeros de prisión y además tengo el reportaje pormenorizado dedicado al campo disciplinario de un periodiquillo militar. La opinión pública americana, hasta ahora ignora todo esto. Ustedes serán el primer periódico americano que publique este reportaje. ¿Les interesa?

– ¡Claro que nos interesa! Sesenta renglones para el reportaje, sesenta renglones para la entrevista. ¿Ok? Le paso a la secretaria.

Norbert Miller: –*Here we are*. Sobre todo el reportaje del (deletreando) *Yank-The Army Weekly*; escrito por el sargento Norbert Hofman. Pisa, Italia.

“*Il Disciplinary Training Center* es mucho más temido de lo que parece –es un puesto donde todos los GIS hacen de todo para no llegar nunca. El programa cotidiano está concebido adrede para volver la vida en el campo aún más dura que la vida en el frente bajo el fuego enemigo. Y cuando el ejército se mete en la cabeza crear condiciones de vida durísimas, ninguno puede derrotarlo en este campo. Todas las personas encerradas aquí han sido juzgadas indignas para servir a la patria en el ejército, y han sido echadas del servicio militar. Un tribunal militar las ha condenado a varias penas que van desde los cinco años de detención hasta la cadena perpetua. La permanencia en este campo les ofrece la posibilidad de purgar su pena antes del término establecido si logran soportar, durante 14 horas al día, un año de fatigas y de aburrimiento mortal, de reglas y de enjuiciamientos innumerables, de disciplina dura y de vejaciones continuas. La mayor parte de los detenidos de este campo ha sido condenada por haberse alejado sin autorización del regimiento; el 72% está en esta situación. Otros, el 15%, se han declarado culpables de desertión. El 7% de los detenidos es culpable de un pésimo comportamiento en la batalla, un asesinato, una violación, un robo u otros crímenes graves, que los han traído aquí donde ahora están. La insubordinación es la razón de la detención del restante 5% de los prisioneros”.

Bien: Ahora la entrevista. Por favor, pongan como subtítulo *Reportaje exclusivo de Norbert Miller, corresponsal de UPI en Roma*.

A pesar de la prohibición formal de entrevistar al escritor Ezra Pound, internado cerca de Pisa en un campo militar americano, o de entrevistar alguno de sus compañeros de prisión, logramos obtener de parte de un testigo ocular, Robert L. Allen, la siguiente declaración:

“Una noche de mayo de 1945, en dirección a la empalizada

que rodea nuestro campo disciplinario del ejército, cerca de Pisa, divisamos un remolino de centellas azules. 'Son gusanitos al acetileno', dijo uno de nosotros; terminamos por comprender que estaban reforzando las barras de acero de una jaula destinada a Ezra Pound. Al día siguiente de esta escena nocturna, a la luz de los gusanitos, viene la orden a toda la población penitenciaria que estaba prohibido, a partir de la mañana siguiente, acercarse a Pound. Ninguno estaba autorizado a dirigirle la palabra.

Lo conocí inmediatamente por la barba y los lentes. En efecto, su barba a la Van Dyke, canosa y ahora color ámbar, no tenía nada que ver con la opulenta barba rojiza que habían visto destellar todos los cafés y los salones de Londres y de París. En su jaula, Ezra Pound no era ahora más que un desecho, un pobre viejo".

Suena el teléfono.

1a. secretaria: Secretaria del bufete del abogado Cornell.

—Buenos días, Mr. Cornell quisiera hablar con Mr. Laughlin, el editor.

2a. secretaria: Buenos días. ¿Podría saber de qué se trata?

1a. secretaria: Well, se trata de Ezra Pound. Hace poco Mr. Laughlin escribió una larga carta a Mr. Cornell, rogándole asumiera la defensa de su autor, y le envió una cantidad de documentos. Ezra Pound ha sido transferido de Europa a Washington hace algunos días, en avión. Mr. Cornell lo visitó y quisiera hablar del caso con Mr. Laughlin.

James Laughlin: ¿Hallo? Oh, buenos días Mister Cornell. Ha sido muy gentil al comunicarse conmigo.

Julien Cornell: Estimado editor, buenos días, mis más sentidas condolencias. Usted tiene un autor sin lugar a dudas difi-

cil, y en lo que a mi respecta, parece que me he metido en un verdadero problema. Pues bien, le hablé ayer a lo largo de dos horas a Washington —un espectáculo piadoso.

Tiene el aire de una persona completamente perturbada. Por una parte, es cierto, hace discursos muy sensatos, pero después, en el curso de la conversación salta sin más de un argumento a otro, no logra concentrarse ni responder a las preguntas por simples que éstas sean. Se trata en fin, de una verdadera fuga intelectual. Nuestra conversación giró en torno a Confucio y Jefferson y sobre los aspectos económicos y políticos de sus respectivas doctrinas. Yo lo dejé hablar, así que no logré recoger las informaciones que hubieran sido útiles para nuestro trabajo. Siendo sincero no tuve el coraje de interrumpirlo, el sólo hecho de hablar le provocaba un verdadero placer. Es evidente que ha sido privado de este placer desde hace mucho tiempo. Como usted seguramente sabe, después de haberlo arrestado en el mes de mayo, lo han tenido en el aislamiento absoluto, y de esto hace ya más de seis meses. No podía hablar con ninguno y nadie estaba autorizado a dirigirle la palabra. Le habían dicho que ninguno sabía qué fin le esperaba, y ni siquiera le habían informado dónde estaba. Lo habían encerrado en una jaula expuesta a los cuatro vientos, bajo vigilancia continua para impedirle el suicidio. Pasaba el día entero bajo los rayos fuertes del sol de Italia. De noche le lanzaban la luz de potentes reflectores a la cara...

James Laughlin: Me dijeron que en este periodo había traducido a Confucio, y que había dejado una impresión más bien favorable.

Julien Cornell: Sí y no. La verdad es ésta: Confucio fue la única lectura que le autorizaron, así lo tradujo del chino en cuchillas por tierra, más bien en el cemento, sin un techo so-



bre la cabeza y sin la posibilidad de moverse. No, no ha sido él quien me lo contó, tuve que informarme personalmente sobre las condiciones de su detención. Con semejantes tratos ha perdido no sólo la memoria sino también, dicho aquí entre nosotros, la razón. Creo que no tiene la cabeza en su lugar; no está en grado de seguir una conversación, ni siquiera por unos minutos. Cuando por ejemplo le dije que si deseaba hacer una declaración frente a un jurado o si prefería callar, no fue capaz de responderme. Abrió la boca una vez, dos veces —como si estuviera por contestar— pero no pronunció ni siquiera una palabra.

Miraba el techo, el rostro tembloroso. Después comenzó a discurrir sin fin sobre ideas filosóficas de las cuales yo no entendía nada, sin cesar de sostener que él podría dar consejos útiles al Presidente de Estados Unidos gracias a sus conocimientos de psicología nacional del Japón y de Italia. Al final esbozó una sonrisa tímida para decirme: "Lo mejor que le puede pasar a un poeta en estos días es ser ahorcado".

James Laughlin: ¡Todo esto es espantoso! ¿Cómo puedo ser útil? *New Directions* es sólo una pequeña casa editorial, no somos los magnates de la industria. Pero Pound tiene muchos amigos en el mundo literario, los Robert Frost, los Hemingway, los T. S. Eliot... ¿tal vez debería advertirlos? ¿Usted sabe que a fin de cuentas, sin Pound, la *Waste Land* de Eliot nunca hubiera visto la luz?

No solamente fue el primero que publicó el *Ulises* de Joyce, el mismo Hemingway ha reconocido que tiene una deuda enorme con Pound como con ningún otro escritor. También en Europa: De Cocteau a Aragón, no hay en toda la literatura moderna un solo escritor que no haya sido su amigo. No puedo ahora abandonarlo a su destino...

Julien Cornell: No sé qué hacer con todas estas historias literarias. No entiendo nada. Yo soy un abogado. Tal vez deberíamos proceder con una división de tareas: antes que nada trataré de recoger el parecer de médicos y psiquiatras. Pero estoy profundamente convencido que él está loco.

No es posible hacer un proceso por alta traición a un loco, su lugar está en el manicomio. Sostendré esta tesis. Usted, mientras tanto, deberá recoger el mayor número de testimonios, de "certificados" literarios, de documentos, de diplomas universitarios, cartas, etc. Todo lo que logre reunir. Así será un loco *genial*. Bien, entonces nos podremos encontrar dentro de una o dos semanas.

James Laughlin: OK. Le agradezco que haya dedicado tanto tiempo a este caso. A propósito... con relación a los honorarios tendrá que tener paciencia; la cuenta corriente de Pound ha sido secuestrada y también la de su mujer. Ella tiene aún fondos en Londres pero, en esta situación, no le es fácil acceder a éstos. ¿Usted sabía que el apellido de soltera de la señora Pound es Shakespeare?

Semanas después.

James Laughlin: He logrado recoger documentos excepcionales. Estoy seguro que producirán su efecto... Al menos suscitarán un cierto respeto. Tenga. Es un certificado del *Hamilton College*, el cual testifica que Pound recibió el doctorado *honoris causa* de literatura en 1939. Escuche: "Ezra Pound, nacido en Idaho, concluyó sus estudios superiores en el *Hamilton College* en 1905 y después llegó a ser uno de los principales poetas, críticos y prosistas de su tiempo.

"Desde que dejó nuestro colegio, él ha consagrado su vida al estudio de las artes. Muy pronto se dio cuenta que sería más fácil seguir su vocación en Europa. Él ha transcurrido la mayor parte de los últimos treinta años en Inglaterra, en Francia y en Italia. Pero sus obras son conocidas para cualquiera que en el mundo sepa leer en inglés. En el curso de estos años él ha abierto, a la multitud de sus admiradores, vías hasta ahora inexploradas; la lírica por él traducida del italiano, del provenzal y del chino fueron auténticas joyas. Sus traducciones del chino le valieron el sobrenombre afectuoso de 'inventor de la poesía moderna china'. Su alma mater es una anciana señora que aún no ha entendido bien sus orientaciones —y sin embargo siempre ha seguido su evolución con interés, más bien, con orgullo. Sus teorías políticas, económicas y estéticas han irritado a un número considerable de personas. Sin embargo, si sus teorías sobreviven o no en el futuro, su nombre como quiera que sea estará asociado para siempre a la literatura inglesa de nuestro tiempo. Él goza de fama universal y una de las razones de esta fama —por supuesto no la última— es ciertamente la ayuda que él ha prestado a tantos jóvenes autores, los estímulos que él ha dado, el coraje que ha inculcado para afrontar nuevas lides: lo que él ha representado para ellos. Nosotros le expresamos nuestra gratitud por su obra artística y por sus cualidades de hombre".

Julien Cornell: Yo tampoco estuve con los brazos cruzados. Cuatro expertos, médicos y psiquiatras, de manera completamente independiente los unos de los otros, se han ocupado de nuestro caso y harán una declaración. Han redactado un documento muy preciso, avalado por sus cuatro firmas: "Por ahora, Ezra Pound casi no se interesa por su situación, evidentemente no ve la gravedad del problema y le interesa poco explicar su actitud pasada. Se obstina en una sola cosa: sus transmisiones en la radio, según él, no contenían una sola palabra que pudiera valerle la acusación de alta traición, al contrario, eran sólo una tentativa de su parte, para preservar la Constitución de Estados Unidos, que él juzgaba en peligro. No sabe si en aquella época sus transmisiones eran escuchadas y, en el caso que lo fueran, no sabe si eran entendidas. Pound da prueba de una megalomanía casi monstruosa y todas sus explicaciones, o casi todas, son digresiones incoherentes e interminables. Podemos resumir de la siguiente manera nuestro diagnóstico: la estructura de la personalidad que en Pound se ha situado como quiera que sea más allá del umbral de la normalidad, en el curso de estos últimos años ha conocido un grado de deterioro tal que hoy sólo es posible aplicar a Ezra Pound el único apelativo de 'paranoico'. Este sistema de demencia le impide deliberar normalmente con sus abogados, no le permite ni siquiera ver la importancia de un proceso o de escoger una estrategia defensiva. En otros términos, el lugar de Ezra Pound está en el manicomio".

El debate judicial

Primera audiencia

Oficial: Tribunal del distrito de Estados Unidos. Distrito de Columbia, 13 de febrero de 1946. En discusión: el caso Ezra Pound.

La Corte: Por favor, haga el juramento a los jueces.

Oficial: Se les ruega levantarse a los señores jurados, levantar la mano derecha y repetir después de mí...

Se escucha un ruido confuso, del cual surge una sola frase

pronunciada al unísono: Juro ante Dios...

La Corte: Señores jurados, el caso que les sometemos es el de Ezra Pound, acusado de delito contra la seguridad exterior del Estado. En particular deberán determinar si el delincuente se encuentra en pleno uso de sus facultades mentales. Si sobre la base de los exámenes psiquiátricos llegan a la conclusión que Mister Pound no se encuentra en estado mental normal, no será posible un enjuiciamiento judicial, y, en consecuencia, tampoco la condena. Así dice la ley.

Mister Pound está sentado frente a ustedes. Por favor Mister Pound, levántese y mire a los jurados a la cara. Infórmenos, por favor, de su identidad.

Ezra Pound, con voz hostil y al mismo tiempo ausente: "No soy nadie, mi nombre es nadie".

Murmullos, ruidos de documentos y de sillas que se desplazan.

El Presidente: Ruego guardar silencio. A solicitud de la defensa, hemos pedido al célebre escritor Robert Frost que haga su declaración para atestiguar, de alguna manera, sobre la importancia de la obra de Mister Pound, o bien, sobre su insignificancia.

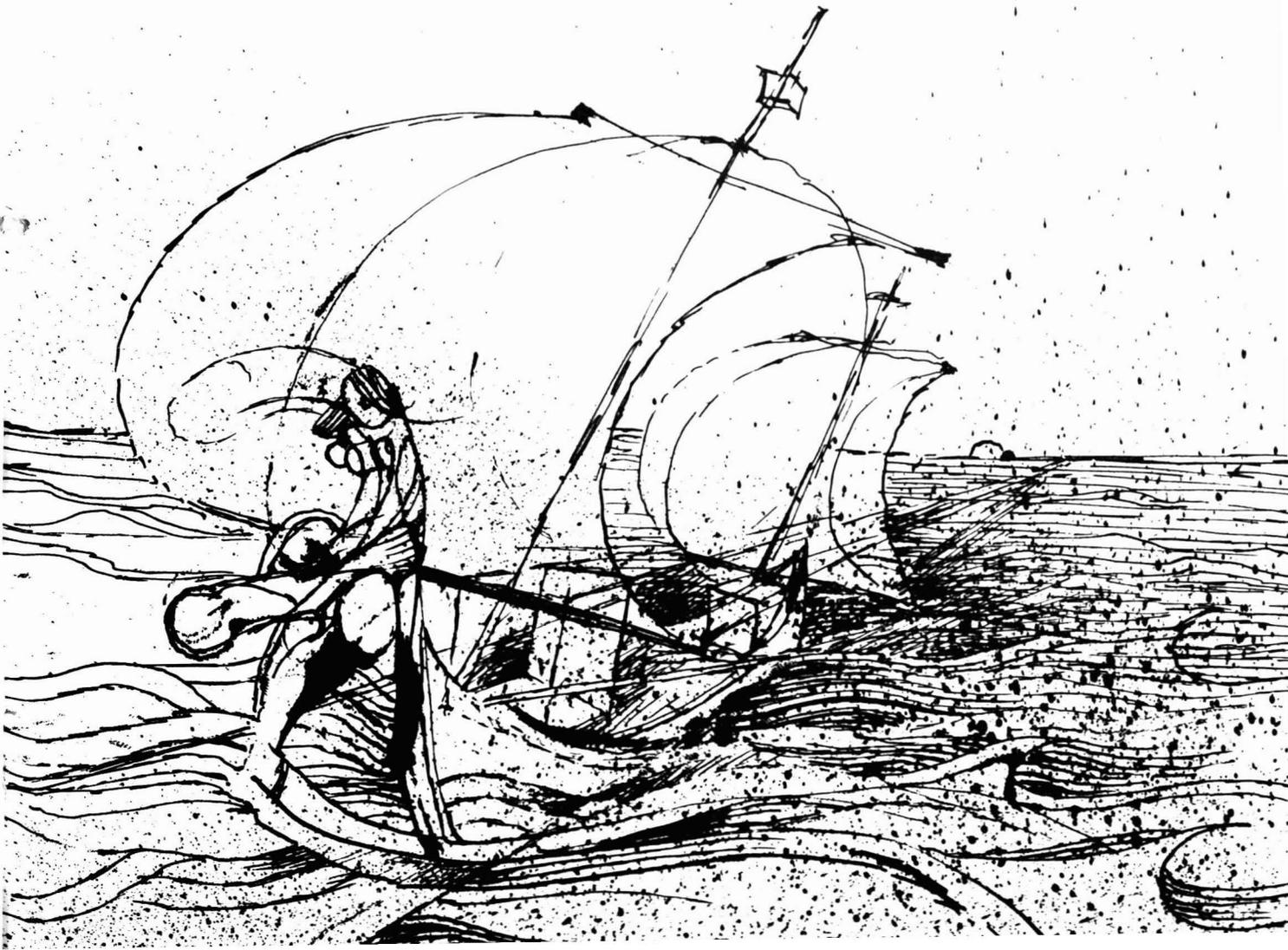
Robert Frost: Ezra Pound dejó América en 1908. Entonces, tenía apenas 23 años, llegó a ser el ministro sin cartas credenciales, el descubridor y el promotor de la gran literatura europea. Secretario de William Butler Yeats, en 1913 descubrió a James Joyce, que en ese entonces contaba con una poesía juvenil y sus primeros ensayos en prosa. De este encuentro nace una amistad que durará muchos años; la gran novela *Ulises* fue publicada por primera vez gracias al entusiasmo de Ezra Pound. Gracias a que mantenía una correspondencia constante con editores y con un sinnúmero de pequeñas revistas

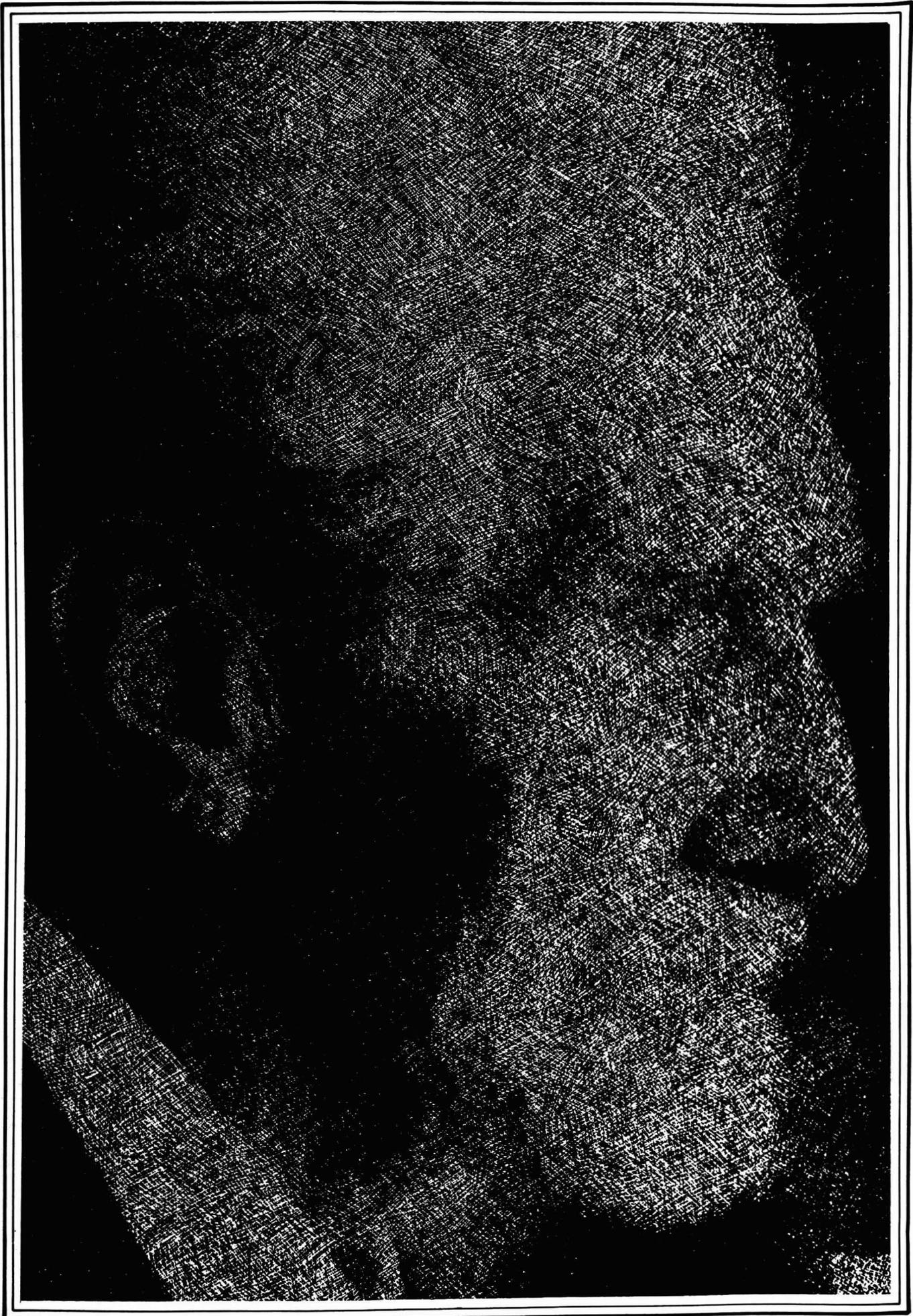
literarias –asesoradas por él, e incluso financiadas, si era necesario– logró se publicara la novela; se preocupó por que Joyce cobrara los derechos de autor, y la crítica lo tomara en cuenta. Fue Pound quien escribió los primeros ensayos consagrados a Joyce; lo mismo hizo por D. H. Lawrence, Wyndham Lewis, T. S. Eliot –debemos la obra maestra *The Waste Land*, de Eliot, a los consejos literarios de Pound y a su trabajo estilístico. El gran escritor ruso Isaac Babel dijo de él que era una persona ejemplar. Ernest Hemingway dijo que había "aprendido más de Pound que de ningún otro en el mundo, que con él aprendió cómo era necesario escribir y cómo no". Pound alabó los méritos de los *Trópicos* de Henry Miller mientras ninguno, en aquella época, se arriesgaba a considerarlos literatura. Una gran correspondencia testimonia la amistad que lo unió a Cocteau y a Louis Aragon.

El Presidente: Le agradezco, Mister Frost. Primero que nada dirijo esta pregunta a Mister Pound: ¿usted tiene algo que precisar de lo que ha dicho Robert Frost?

Ezra Pound (dice una de sus poesías):

*e un odor di menta sotto le pensiline delle tende,
soprattutto dopo la pioggia,
e un bianco bove sulla strada per Pisa,
come faccia a faccia con la torre,
montoni scuri sul
terreno per le manovre e, i giorni di pioggia, nuvole
nella montagna, come sotto le altane di sentinella.
Una lucertola mi ha sorretto
agli uccelli selvaggi ripugna il pane bianco
quattro giganti ai quattro angoli.*





*Tre giovanotti davanti alla porta
ed hanno scavato un canaletto attorno a me
affinché l'umidità
non mi corrodese le ossa...*

Después de algunos segundos de silencio, el Presidente, aclarando la voz: Eh... hum. Bueno. Eh, bien... ahora quisiera llamar al defensor de Mister Pound. El abogado Julien Cornell de Nueva York.

Levántese, por favor. Usted me comunicó por escrito su intención de remitir a la corte un *statement*, antes del interrogatorio, y por lo tanto de escuchar a un testigo. ¿De qué se trata?

Julien Cornell: El problema nace del hecho que Mister Pound, estoy profundamente convencido, no se encuentra en pleno uso de sus facultades mentales. No está en grado de seguir esta audiencia y ni siquiera de soportar un interrogatorio. Tomando en cuenta que él no nació alienado, su estado actual tiene una historia... y quisiera solicitar la autorización para escuchar a un testigo ocular que relate el momento en el que Ezra Pound se perdió en la locura. Se trata quizá de un procedimiento inusitado... pero facilitará la tarea a los señores jueces así como a la Corte, dado que este testimonio nos dará una imagen más precisa de la destructuración de la personalidad de mi cliente.

El Presidente: Estoy de acuerdo a condición que lo estén también los señores jurados.

Julien Cornell: Ruego a Mister Robert L. Allen, de Ann Arbor, Michigan, pasar a declarar. Un telex del corresponsal en Roma de la UPI tomó como base el testimonio de Mister Allen para un artículo; telex recibido después por el *New York Herald Tribune*. Adelante, Mister Allen; ¿Usted ha sido por supuesto testigo del trato reservado a Mister Pound en el campo disciplinario del ejército, en Pisa?

Robert L. Allen: Sí. Pound fue encerrado en una jaula de acero hecha ex profeso para él en el patio de la prisión, lejos de los otros prisioneros. Ignoraba si estaba destinado a pudrirse en aquella jaula o si tendría que salir para ser ahorcado por alta traición... Ninguno de los detenidos estaba autorizado a acercarse ni a dirigirle la palabra. No se contentaron con aislar a Pound de cualquier contacto humano, se le prohibió igualmente cualquier tipo de lectura que fuera capaz de distraer su mente febril. Para engañar el tiempo, disponía solamente de un texto de Confucio, en chino, que él tradujo; esto era todo lo que poseía para ahuyentar las ideas oscuras, los temores, las angustias.

Pero sus sufrimientos no se reducían a estas torturas mentales. Si era pleno verano y el sol italiano era despiadado, el piso recalentado del patio de la prisión quemaba de manera insostenible. Una carretera militar pasaba muy cerca de la jaula y Pound era expuesto permanentemente al ruido y al polvo, sin ninguna protección. Mientras los otros detenidos habían sido acomodados bajo las lonas de las casas de campaña para protegerlos del sol y del polvo, Pound por el contrario fue abandonado afuera, de tal manera que ninguna de sus acciones y gestos pasaran desapercibidos a los hombres de la guardia. Los otros detenidos podían salir durante las horas de los alimentos y de los ejercicios físicos, pero no Pound. También se le había privado de la ayuda colectiva, por llamarla de alguna manera, por parte de los prisioneros. Estaba solo.

Después de la larga jornada de sufrimientos bajo un sol tropical implacable, ni siquiera la noche le brindaba reposo y el sueño necesario: habían orientado los reflectores en dirección

a la jaula y toda la noche la luz deslumbrante quemaba sus pobres ojos inyectados de sangre. En aquella jaula de barras de acero, no había ni siquiera un mueble. Pound dormía extendido en el suelo de cemento, envuelto en alguna manta, quemado por el sol, acribillado por la lluvia.

Julien Cornell: Su excelencia, señores jurados, comprenderán ahora por qué yo he insistido en que este testimonio fuera presentado antes de la apertura del debate. La poesía que escucharon describe la situación del prisionero, por eso los pájaros posados sobre las barras alrededor de la jaula eran como notas sobre un pentagrama, aquél prisionero que, con la mirada fija en la calle que conduce hacia Pisa, veía una que otra vez aparecer un buey blanco que tiraba una carreta, aquél prisionero al que no perdían de vista un solo instante los "cuatro gigantes" —cuatro gigantes, es decir, los cuatro grandes miradores desde los cuales, un día, en presencia de Pound, unas ametralladoras abatieron ocho fugitivos.

El escritor Ezra Pound está enfermo. No está en condiciones de participar en el juicio. No es posible condenarlo.

El Presidente: Declaro el juicio abierto. Primero quisiera presentar a los señores jurados a los dos representantes del gobierno de Estados Unidos, Mister Matlack y Mister Anderson. Estos señores están autorizados a hacer preguntas en el curso de la audiencia —que comienza ahora— a los testigos y a los expertos. La defensa tiene la palabra.

Julien Cornell: Que comparezca el primer testigo, el Doctor Wendell Muncie.

El Dr. Muncie: Soy psiquiatra. Colaboro con el *Johns Hopkins Hospital*; con el *Marine Hospital*; con el *Eaton Institute* y con el *Mount Alto* en la ciudad de Baltimore. Soy profesor asociado en el *Johns Hopkins Hospital*, en psiquiatría, y doy consultas psiquiátricas en otras instituciones hospitalarias.

Julien Cornell: ¿Su práctica profesional lo lleva a examinar el estado mental de los pacientes?

El Dr. Muncie: Mi profesión consiste exactamente en eso —y esto me permite curarlos.

Julien Cornell: ¿Usted podría decirnos aproximadamente cuántos pacientes examina y cuida actualmente?

El Dr. Muncie: Dedico alrededor de 2200 horas al año a este trabajo, lo que representa, más o menos, 500 pacientes.

Julien Cornell: ¿Podría precisar en qué fecha usted examinó por primera vez al acusado?

El Dr. Muncie: El 13 de diciembre de 1945.

Julien Cornell: ¿Podría describir los síntomas que usted observó en él?

El Dr. Muncie: En primer lugar, el paciente tiene ideas fijas que pueden ser catalogadas como delirantes, o por lo menos, cercanas al delirio. Citaré un ejemplo: está firmemente convencido de que su misión es salvar la Constitución y la población de Estados Unidos.

En segundo lugar, está firmemente convencido de poseer, con los escritos de Confucio por él traducidos al italiano y al inglés, la llave de la paz en el mundo. Si este libro hubiera sido más ampliamente difundido, las potencias fascistas del Eje no se hubieran aliado entre ellas, así piensa él, y la guerra se hubiera evitado.

En tercer lugar, imagina que tiene la estatura de un jefe. Si se le hubiera ofrecido la posibilidad de formar, con otros intelectuales, una especie de gobierno mundial en Japón, donde, según él, goza de gran prestigio, esto hubiera favorecido la formación de un orden mundial mejor.

Por esta razón deduce que se ha obrado mal con relación a

su actitud, que lo han engañado —se imaginaba que debía desempeñar la función de consejero del Presidente de la República cuando terminara la guerra. Por el contrario, se encontró en prisión. Pero el estado de confusión extrema de su mente se explica con el concurso de otros elementos, en particular su megalomanía, caracterizada por lo siguiente: considera que ningún intelectual, en todo el mundo, está a su nivel. Esto lo llevó a pensar que él era, sólo él, capaz de gobernar el mundo desde Japón, aunque con la ayuda de Confucio a decir verdad.

En un primer momento se tiene la impresión de que se está ante un proyecto bien definido, pero todo esto es de hecho extremadamente vago y enredado. Son suficientes algunos minutos para que él olvide totalmente una idea bien definida, que sin embargo había desarrollado hacia algunos minutos; entonces se lleva las manos a la cabeza y se lamenta de violentos dolores... y no se acuerda de nada. En el curso de una de mis primeras visitas, le había contado, con el fin de volver la atmósfera menos tensa, que mi hermano había estudiado en el *Wabsh College* en la época que él enseñaba. Mister Pound no se acordaba evidentemente de mi hermano y no pareció dar importancia a mi relato. Cuando fui a visitarlo la siguiente vez, me acogió con estas palabras: "Ah sí, es usted, recuerdo, tiene un hermano, era uno de mis mejores estudiantes, había regresado de Europa y pertenecía a una de las mejores familias de Indiana". Desgraciadamente nada de todo esto era verdad: mi hermano nunca había estado en Europa y nosotros no éramos originarios de Indiana.

Este paciente vive en un mundo ficticio que él mismo ha creado de principio a fin, independiente de la realidad y más allá de ella.

Julien Cornell: ¿La realidad se le escapa aún cuando se trata de su proceso? Dicho de otra manera ¿le ha sido posible sostener con él una conversación seria sobre este argumento?

El Dr. Muncie: No. Mis tentativas me han llevado a interminables discusiones sobre la coyuntura mundial actual y siempre acabábamos discutiendo sobre Confucio, la Constitución Americana y al final, sobre Japón.

En mi opinión su mente es presa de una confusión total.

Julien Cornell: ¿Expresaría usted el mismo juicio a propósito de su actividad literaria?

El Dr. Muncie: Para esta audiencia he leído muchas cosas de Mister Pound. Tengo la sensación de que se puede diagnosticar una alienación cada vez más profunda.

El Presidente: Mister Robert Frost, usted ha sido muy gentil al poner a nuestro servicio sus capacidades de experto. ¿Está usted en grado de confirmar el juicio del Dr. Muncie o es de opinión contraria?

Robert Frost: No, me es absolutamente imposible confirmar. Se sabe en los ambientes literarios cuál es la estima que tengo a la obra de Ezra Pound, me abstendré en la medida de lo posible de hacer juicios de carácter personal y me esforzaré en citar el parecer de algunos de mis contemporáneos, cuya capacidad de juzgar los valores literarios es para cualquiera irrefutable. Ernest Hemingway, por ejemplo, ha dicho, a propósito de Pound:

"A excepción quizás de Yeats, no existe ningún poeta vivo que pueda rivalizar con Pound. Comparados con él, todos los otros han escrito cosillas quizá gentiles y agradables, pero no tenían nada importante que decir. Sólo Ezra Pound ha escrito obras poéticas que podemos calificar como importantes, que dejan huella. Pound, el cual entre otras cosas ha escrito una

obra extraordinaria dedicada a Villon, comparte el destino de los grandes de la literatura: se habla mucho de él, pero se le lee poco".

El Presidente: Somos profanos en cuestiones literarias. No estamos aquí para juzgar —en todo caso para condenar— las obras del acusado. Mas bien estamos aquí para hacernos una idea de su personalidad a partir de su obra.

Robert Frost: ¿Puedo, desde este punto de vista —y esto me parece particularmente importante para las cuestiones que en este momento nos preocupan— leer otro juicio con relación a las cualidades de Ezra Pound? Se trata de un texto que le ha dedicado T. S. Eliot. Llegarán ustedes quizás a la conclusión que no es posible hablar de personalidad paranoica a propósito de este escritor, más bien de alguien que siempre se ha interesado vivamente por su prójimo. He aquí el juicio de Eliot:

"Ezra ha sido, antes que nada y ante todo, un pedagogo, un luchador. Se ha impuesto siempre el deber, en su actividad literaria, de no utilizar sus descubrimientos poéticos exclusivamente para sí, sino de ponerlos también a disposición de los otros. No solamente exponía los resultados de su trabajo de descubridor, luchaba también para que aquellas obras inéditas tuvieran eco. No hubiera vacilado en recurrir a la seducción, hasta a la constrictión, para inducir a escribir bien a aquéllos que él apoyaba —de tal manera hacía pensar a uno, que deseaba explicar, con todas sus fuerzas, a un sordo que su casa se estaba quemando. Cada una de las modificaciones que quería hacer a un texto le parecían de extrema urgencia. No se trataba en este caso únicamente de una manifestación de pasión pedagógica; Pound era movido por el deseo ardiente de escribir bien él mismo, pero también de vivir rodeado de espíritus



igualmente inteligentes y creativos como él. De aquí su impaciencia. Tenía, al descubrir un nuevo escritor genial, el mismo sentimiento de satisfacción que tienen las mentes mediocres cuando piensan que ellas mismas han escrito una obra genial. Su gran preocupación era ver a sus contemporáneos y a la nueva generación de autores escribir correctamente; se ocupaba menos de su producción personal que de la literatura y de la creación artística universal. Una de las lecciones que emergen de su obra crítica y de su correspondencia es la siguiente: cuando se pretende contribuir al desarrollo de una forma artística es necesario abstraerse de sí mismo”.

Julien Cornell: Dr. Muncie, ¿este texto contradice la opinión que usted ha dado de su paciente? Quisiera saber sobre todo si este último está en grado de participar en el juicio.

El Presidente: Objeción. Declaro la segunda pregunta inadmisibles —se trata más bien de una sugerencia, yo puedo autorizar únicamente preguntas con miras a una mejor información.

El Dr. Muncie: Me limitaré a evaluaciones objetivas.

Siempre he juzgado a Mister Pound como una personalidad dotada de disposiciones anormales, anormales en el sentido que difieren de la norma pero no en el sentido en el cual un médico estaría obligado a hablar de “singularidad”. Sin embargo, con el tiempo —y probablemente bajo el efecto de acontecimientos como los descritos por el testigo, Mister Allen— las cosas se han agravado al grado de alcanzar el estado paranoico en el cual, sin lugar a dudas, se encuentra hoy nuestro paciente.

Julien Cornell: ¿Cataloga bajo la etiqueta de paranoia sus proyectos megalómanos y su pérdida del sentido de la realidad?

El Dr. Muncie: Sí.

Julien Cornell: ¿Quiere decirnos en qué medida, según us-

ted, el Dr. Pound sería capaz de soportar una audiencia o un careo judicial?

El Dr. Muncie: Lo más que puedo afirmar es que probablemente esto equivaldría a exponer cada instante a serios peligros la salud de mi paciente.

Mr. Matlack (uno de los representantes del gobierno de Estados Unidos): Vuestra excelencia, no quisiera hacer objeciones a esta pregunta, pero quisiera no obstante hacer notar que no fuimos llamados aquí para preocuparnos del porvenir de Mister Pound.

El Presidente: Objeción admitida. Limitemos la pregunta: ¿el doctor Pound se encuentra *en este momento* en grado de seguir la audiencia y de someterse a un interrogatorio?

El Dr. Muncie: Me parece que es dudoso y arriesgado.

Julien Cornell: La defensa no tiene más preguntas que hacer al testigo.

El Presidente: Mister Matlack, en su calidad de representante del gobierno de Estados Unidos, ¿tiene preguntas que quisiera hacer al testigo?

Mr. Matlack: Dr. Muncie, ¿cuántas veces ha examinado a Mister Pound?

El Dr. Muncie: Dos veces. La primera, cerca de cuatro horas; la segunda vez, dos horas.

Mister Matlack: ¿En el curso de estas sesiones, cuánto tiempo ha pasado solo con él?

El Dr. Muncie: Casi todo el tiempo, excepto durante quince minutos.

Mister Matlack: ¿En qué medida se podía fiar de su memoria, según usted? ¿Es capaz de pensar coherentemente con relación a los últimos cuatro o cinco años?

El Dr. Muncie: Varía según los acontecimientos considerados. No es posible dar una respuesta general. Para lo esencial tiene buena memoria, pero es víctima de un bloqueo con todo lo que tiene que ver con el periodo de su encarcelamiento en el campo de concentración.

Mr. Matlack: ¿Se trata en este caso, según usted, de una reacción excepcional, teniendo en cuenta el tratamiento sufrido?

El Dr. Muncie: Sí, es excepcional, en la medida en la cual sea considerada excepcional la situación de pánico emotivo al que estuvo expuesto en aquel campo.

Mr. Matlack: Usted dijo que Mister Pound estaba convencido de poseer, gracias a las obras de Confucio, la llave de la paz del mundo...

El Dr. Muncie: Sí.

Mr. Matlack: ¿Este argumento tomado aisladamente, permite declararlo loco?

El Dr. Muncie: No.

Mr. Matlack: ¿Está también convencido de poder trabajar a la cabeza de un grupo de intelectuales japoneses, a favor de la paz mundial?

El Dr. Muncie: Sí.

Mr. Matlack: ¿Es ésta una prueba de enajenación mental?

El Dr. Muncie: Desde mi punto de vista, esto prueba que él se aleja cada vez más de la realidad. Una aberración por sí sola, considerada aisladamente, no puede ser prueba suficiente de enajenación mental. Cada uno indudablemente tiene el derecho de sostener ésta o aquella idea absurda sin que por ello se le tache de demente.

Mr. Matlack: ¿Qué quería decir usted cuando lo calificó de megalómano?

El Dr. Muncie: Significa que él tiene una idea desmesurada de su propia importancia.



Mr. Matlack: ¿Este último fenómeno es una prueba de demencia?

El Dr. Muncie: Cuando escapa a cualquier control, sí.

Mr. Matlack: ¿En qué momento, según usted, escapó a cualquier control?

El Dr. Muncie: Podemos presentar las cosas de esta manera: cuando constituye un sistema paranoico.

El Presidente: Lo interrumpo: ¿esto es típico de la paranoia?

El Dr. Muncie: Sí.

Mr. Matlack: ¿Qué es la paranoia?

El Dr. Muncie: La paranoia es un delirio de persecución organizado en un sistema completamente cerrado. En sí, este sistema es absolutamente lógico —el problema es que se apoya en premisas que nada tienen que ver con la realidad. Pero en la medida en que se admite la validez de estas premisas —y para el paranoico éstas son justas— no existe ningún código que permita romper con dicho sistema cerrado.

En el caso de Mister Pound, esto significa que él se encuentra atrapado en este sistema de valores, de signos y de significados que le son propios, que tienen sentido solamente para él, pero que no tienen nada que ver con la realidad: usted y yo vivimos, como se dice, en el corazón de la realidad. Él, al contrario, ha perdido el contacto al menos con la mayor parte del mundo real, se ha construido un mundo propio, un mundo conforme a la imagen que él se hace de sí mismo y de su propio valor.

Mr. Matlack: ¿Esto es en relación con el hecho de que él no ha podido conversar con usted, como usted mismo ha indicado, ni prepararse de manera seria para su proceso con los abogados?

Julien Cornell: La última parte de esta pregunta me corresponde contestarla pues pienso que el experto no está en posibilidad de responder.

El Presidente: Objeción admitida. Mister Muncie, concrétese a responder sólo la primera parte de la pregunta.

El Dr. Muncie: Mister Pound no está en facultad de seguir un discurso lógico y, contrariamente, no puede responder a argumentaciones hechas de manera lógica. No es capaz de concentrarse en una idea y por el contrario descarga sobre su interlocutor un flujo de asociaciones de ideas en las cuales, ésta es mi sensación, no se obtiene ninguna coherencia ni el mínimo indicio de inteligencia —no se llega a ninguna conclusión.

Mr. Matlack: Pero, ¿él ha respondido a sus preguntas?

El Dr. Muncie: No. Esencialmente no. Cuando por ejemplo le pregunté: "Mister Pound, usted ha recorrido el mundo entero para difundir la buena palabra y para defender la Constitución de Estados Unidos. Puede decirme ¿cuáles artículos específicos, cuáles elementos, cuáles párrafos de esta Constitución usted pretende defender?", pues bien, tuve esta respuesta al vuelo: "El Presidente es un empleado con prerrogativas limitadas". Fue todo lo que logré obtener sobre este argumento.

Después el regreso a las mismas litanías sobre Confucio y sabrá Dios qué otras cosas.

Mr. Matlack: Es todo por ahora.

Pound se levanta y, preso de la más viva agitación, grita: "¡Que Dios bendiga la Constitución y la *salve!*"

Un silencio embarazoso, después algunos campanillazos, llamada al orden.

Julien Cornell: Quizá los señores jurados y nosotros mismos estaremos en grado de comprender mejor la personalidad de



Mister Pound si le rogásemos atestiguar personalmente y si lo interrogásemos directamente.

El Dr. Muncie: Soy al respecto escéptico. No creo que Mister Pound esté en grado de seguir el curso de esta audiencia y que nos pueda proporcionar informaciones más exactas de aquellas que mis exámenes me han permitido obtener.

El Presidente: Veo que Mister Pound se levanta y que manifiestamente desea hacer una declaración.

Murmullo en la sala de la audiencia. Se escuchan pasos lentos, después la voz de Pound, al principio ligeramente titubeante, luego más clara y grave; recita una de sus poesías:

Ribassiamo la fatuità del Times: GRANDI RISATE!

E un lembo per i cronisti imbavagliati:

Un salario per cuando i vermi brulicheranno nelle loro viscere.

Erano dunque loro ad impedire la novità?

Ecco le loro pietre tombali.

Glorificavano il bavaglio e la morsa?...

Stanno in una SCATOLETTA NERA.

Il tuo turno anche verrà,

Ventre di puttana di oscurantista,

Nemico giurato delle belle lettere, della parola libera.

Muffa, interminabile gangrena.

Via, un nuovo ordine, ora

Per finirla con i mezzani sensali, con i lenoni.

Sputiamo su chi adula i tripponi per profitto,

Usciamo un po', e all'aria aperta.

Oppure, veramente, a trent'anni sono morto?

Davvero, avrete la gioia di insozzare la mia tomba di povero?

Vi auguro tanto piacere, e vi aiuterò come meglio posso.

E compito vostro disfarvi dei buoni scrittori:

li fate diventare pazzi o sgranate gli occhi quando si suicidano, o perdonate loro le loro droghe, in nome della malattia mentale e del genio.

Ma io non diventerò pazzo per i vostri begli occhi, non vi lusingherò con la mia morte prematura, oh no, mi attaccherò, con i vostri odi che brulicheranno sotto i miei piedi, piacevole solletico, da osservare solo col sorriso, benché spaventi più d'uno che non osa confesarvi il suo odio; Il sapore delle mie scarpe? Assoporatela allora, la mia scarpa, accarezzatela, leccatene pure il lucido.

Se oyen aplausos, un estruendo, voces, y finalmente, la campanilla agitada enérgicamente por el presidente.

El Presidente: No estamos en una *soirée* literaria. Interrumpo la audiencia. El interrogatorio de los testigos comienza mañana a las 11.

Ruidos que vienen de una cabina telefónica. Alguien marca un número.

Operadora: May I help you?

Periodista: Me comunica, por favor, con el *New York Times*, 880-43-57...?

—¿Te puedo dictar dos o tres palabras que tendrás que hacer llegar inmediatamente a Hawthorne para la primera plana?

Voz de mujer: ¡diga!

Periodista: —Encabezado: *Sensacional el proceso de Ezra Pound*.

Ahora el texto: "Gran sorpresa esta tarde en el curso de interrogatorios de los primeros testigos y de los primeros expertos antes de la apertura del proceso por alta traición al

poeta Ezra Pound, de 60 años. La audiencia había comenzado de manera formal, sin hechos relevantes, y se veía claramente la línea de defensa seguida por el abogado Julien Cornell, de Nueva York, que sostenía la irresponsabilidad de su cliente. Pero el día no podía terminar sin una nota trágica.

"Mister Pound estaba sentado en un banco, tras la sala de la audiencia, vestido con un saco azul gastado, y con una camisa deportiva cuyas orlas salían fuera de unos jeans sucios. Tenía los bolsillos llenos de bolitas arrugadas y de pedazos de papel con garabatos. Pound había escuchado más bien a los expertos psiquiatras con una letárgica indiferencia, y durante toda la tarde había tomado la palabra sólo dos veces, había sido breve y con la cabeza evidentemente en otra parte. Al final de la audiencia, mientras los argumentos desarrollados tendían claramente a demostrar que el poeta estaba alienado y encerrado en un sistema paranoide, Ezra Pound se levantó y declamó con voz cada vez más fuerte una de sus poesías, declarando:

'Davvero avrete la soddisfazione di insozzare la mia tomba di poveretto? Vi auguro tanto piacere, e io vi aiuterò facendo del mio meglio. E il vostro compito è di farvi dei buoni scrittori: voi li fate diventare matti oppure agranate tanto d'occhi quando si suicidano... Ma io non diventerò pazzo per i vostri begli occhi'.

"El presidente del tribunal interrumpe entonces la audiencia y la pospone para el día siguiente". ¿Has transcrito todo?

Voz de mujer: —Sí, sí, he escrito todo.

Periodista: No olvides indicar que la octava palabra antes del final de la cita, *no*, tiene que ser escrita en cursiva. Porque precisamente es aquí donde radica lo divertido del asunto: los señores expertos se esforzaron, toda la tarde, en declararlo loco y él cierra el día diciendo "no me volveré loco".

Segunda audiencia

Se escuchan varios rumores, un murmullo del cual emergen fragmentos de frases: "Los representantes de la prensa sólo a la izquierda, por favor" o bien "no son permitidos los flashes durante la audiencia".

Se escucha la campanilla que agita el Presidente.

El Presidente: Segundo día de interrogatorio a los testigos del caso Ezra Pound. Declaro la audiencia abierta. Llaman a los testigos.

Oficial: Por favor, Doctora King, pase a ocupar el puesto de los testigos y declare su identidad y profesión.

Doctora King: Me llamo Marion R. King. Soy director médico de la Administración de Sanidad Pública de Estados Unidos de América y también directora del *Bureau* de detenidos del Ministerio de Justicia.

Oficial: ¿Desde hace cuánto tiempo usted ejerce estas funciones?

Doctora King: Desde el 1 de septiembre de 1922.

Oficial: ¿Puedo rogarle a la defensa pasar a interrogar a la doctora King?

Julien Cornell: Doctora King, ¿usted es especialista en psiquiatría y está a la cabeza de la Administración de Sanidad Pública?

Doctora King: Sí.

Julien Cornell: ¿En qué Universidad se graduó?

Doctora King: En Stanford.

Julien Cornell: ¿Cuántas veces ha examinado a Mister Pound?

Doctora King: Dos veces; la primera sola, y la segunda en

compañía de tres colegas, entre los cuales se encontraba el doctor Muncie que ayer fungió aquí como testigo.

Julien Cornell: Más allá de su esmerado examen médico, ¿usted se ha interesado por la vida del escritor Ezra Pound, por su pasado, por sus trabajos, por su papel en la vida literaria?

Doctora King: Sí, de manera profunda. He leído sus poesías, sus escritos en prosa, algunas de sus alocuciones radiofónicas las cuales constituyen el objeto de este debate, también su correspondencia. Me abstendré de hacer juicios literarios, porque no soy especialista en este campo. Estamos aquí para analizar todo aquello que tiene que ver con la psiquiatría, para analizar este caso interesante, un caso verdaderamente ejemplar, por llamarlo de alguna manera. Por estas razones le he consagrado tanto tiempo. Les pido, por las mismas razones, concederme un poco de vuestro tiempo. En su ciclo de conferencias *Introducción al psicoanálisis*, Sigmund Freud dice...

El Presidente: Un momento, le ruego. No quisiera ser descortés, pero no estamos aquí para escuchar una conferencia... Incidente. Los abogados intervienen. Se interpela a la Corte, que delibera...

Doctora King: Quería justamente vuestra atención sobre el hecho de que lo imaginario y lo real se encuentran separados por una barrera extremadamente sutil. Freud veía ya en este hecho la característica esencial de la literatura; veía en el artista a un hombre que, sometido a excesivos impulsos instintivos, aspira a conquistar el poder, la riqueza, la gloria, el amor a los hombres, en la medida en que no dispone de las capacidades que le permitan, en el mundo real, alcanzar estos objetivos. No pudiendo satisfacer sus deseos, se retrae entonces, y se dedica, con toda su carga emocional y toda su libido, a realizar sus deseos en lo imaginario. El arte consiste en este imaginario fecundado por la creación. El artista a través de la mediación del arte, llega a otros hombres y por lo tanto encuentra el contacto con la realidad: gracias a su desviación a través del imaginario, ha conquistado, en lo real, aquello que de otra manera le era únicamente accesible en el sueño, es decir, el poder, la riqueza, la gloria y el amor.

Julien Cornell: ¿En qué medida usted piensa que esta teoría nos da la posibilidad de conocer la personalidad de Ezra Pound, doctora King?

Doctora King: Me parece la descripción casi perfecta del caso que nos ocupa. En el curso de su vida, Pound poco a poco ha perdido la relación con la realidad. Le ha opuesto una especie de ideal intelectual aristocrático. En este sentido, la frontera entre la megalomanía, el culto al jefe y la razonable sensación de pertenecer a una élite, es muy fluida. Ya a los 16 años, el joven Pound se inscribe en la Universidad de Pennsylvania con la ambición de llegar a ser "a los 30 años el hombre que, mejor que cualquiera de sus contemporáneos, entienda la poesía". Bien, podemos calificar esto como una provocación juvenil. Pero el hecho es que Pound elaboró después, una verdadera y personal teoría elitista —la cosa interesante en este sentido es que identificó, procediendo así, creación genial y creación fálica. Después, en 1922 tradujo la obra de Remy de Gourmont *Physique de l'amour* y se apropió completamente de las tesis de este autor. El cerebro del genio estaría en relación directa con la calidad de su esperma; una potencia sexual débil daría vida solamente a ideas mezquinas; las representaciones y los proyectos marcados con el sello del genio, deben su existencia a una fuerte potencia sexual. En una ocasión Pound llega incluso a hablar, explícitamente, de la "eyacuación de la

inteligencia". Esto conduce al culto viril hacia el jefe en que no sólo se considera a las mujeres como seres inferiores —especie de recipientes seminales— sino que el pensamiento elitista, la lucha fálica y la insubordinación a una democracia plebeya consagrada a Mammon, se mezclan para generar una filosofía fuera de la realidad, una filosofía que se detiene a las puertas del fascismo.

Julien Cornell: Si la he entendido bien: ¿el análisis científico hecho por usted de la personalidad de Mister Pound la lleva a la conclusión que él es fascista?

Doctora King: No, usted me ha entendido mal. No sé si Mister Pound ha sido o es fascista —constato solamente que existe un vínculo lógico entre su pensamiento elitista y el desprecio hacia el hombre y la ideología fascista; tal vez sus concepciones herméticas sobre la literatura, y su desprecio por el público formen parte de esta mezcla. Es tarea de los expertos decidir. Como quiera que sea he copiado esta frase de él: "Me consagré al fascismo como me consagré a James Joyce".

Pound se levanta de un salto, avanza precipitadamente y, en el colmo de la desesperación, grita. "Por Dios, no he creído nunca en el fascismo; ¡yo soy un adversario del fascismo!"

Tumulto en la sala, murmullos, disparos de flashes.

El Presidente: Interrumpo la audiencia por quince minutos.

El Presidente: Tiene la palabra Mister Anderson en su calidad de representante de Estados Unidos con el fin de que interroge a los expertos en psiquiatría. Le ruego, Mister Anderson.

Mr. Anderson: ¿Doctora King, cuánto duró su primer coloquio con Mister Pound?

Doctora King: Duró varias horas.

Mr. Anderson: ¿Él entendió sus preguntas y respondió a éstas?

Doctora King: No estoy del todo convencida de que haya respondido a las preguntas. Presentaba los síntomas típicos del paranoico, encerrado en sus propios razonamientos como en medio de un sistema sin salida, que se repetía sin fin.

Mr. Anderson: ¿Qué es, para usted, la paranoia?

Doctora King: Es muy difícil establecer, en cada caso, una clara distinción entre lo que comúnmente se entiende como normalidad por una parte, y anormalidad por la otra. En el caso que nos ocupa, la cosa es particularmente difícil en la medida en la cual, evidentemente, un sentimiento exacerbado de su propio valor viene...

Mr. Anderson: Un momento, ¿qué quiere decir usted cuando habla de sentimiento exacerbado del propio valor?

Doctora King: En este caso, esto significa que Mister Pound imagina que dispone de una especie de saber oculto y que él se cree importante hasta el grado de pensar que sería su tarea, solamente suya, o por lo menos esencialmente suya, el resolver los problemas del mundo.

Mr. Anderson: ¿Podría expresar esto de manera más concreta?

Doctora King: Le daré un ejemplo.

Los antepasados de Mister Pound fueron empresarios muy ricos en los primeros años de la historia de nuestro país. Algunos fueron millonarios, propietarios de líneas ferroviarias y de minas de oro. Ellos mismos acuñaban monedas. Mister Pound que no se cansa de criticar el sistema económico americano, se había procurado algunos de estos billetes viejos de la banca familiar, y en aquella época envió estos billetes a Mussolini así como a Roosevelt, precisándoles al mismo tiempo la actitud



que, según él, ellos debían adoptar. Hasta la fecha Pound aún no entiende cómo ellos no siguieron sus consejos —y he aquí que ahora, en prisión, no suelta ni un instante un diccionario de la lengua georgiana porque quiere hablar con Stalin.

Mr. Anderson: Well, más concreto que esto no se puede. Y con relación a sus obras, ¿Usted las ha leído?

Doctora King: Algunas.

Mr. Anderson: ¿Conoce usted obras de otros escritores?

Doctora King: Por supuesto.

Mr. Anderson: ¿En qué aspectos difieren de las otras?

Doctora King: No quisiera expresar juicios al respecto. Pero en la medida en que me veo obligada a dar un juicio sobre la obra de Ezra Pound, tengo la sensación de estar frente a una forma de poesía del todo inhabitual; también aquí nos encontramos en los límites de la demencia, de la megalomanía, y de la excentricidad.

Julien Cornell: Objeción. Están aquí presentes algunos escritores de fama mundial que pueden testificar sobre la importancia de la obra de Ezra Pound en la literatura. La doctora King no es competente en este campo.

El Presidente: Objeción admitida. Mister Anderson, limite sus preguntas al sector de competencia de la testigo.

Mr. Anderson: Doctora King, ¿puede explicarme cómo a través de la lectura y del análisis de los textos de Pound, hechos por usted, llega a la conclusión de que Pound se detuvo “a las puertas del fascismo”?

Doctora King: Mis intentos por dilucidar la actitud mental de Mister Pound, para ser más precisa, de su confusión mental, proceden entre otras cosas de esta constatación: Ezra Pound evidentemente no se consideraba el único ser humano dotado de una dimensión excepcional; reivindicaba para otras personas este destino singular, dentro del ámbito de las leyes, por decirlo de alguna manera. En uno de sus ensayos explicaba que: “el cerebro humano, tanto en su génesis como en su evolución, no era más que una especie de coágulo del líquido seminal...” Es posible que esta renuncia a la razón en provecho de una genialidad de los fundamentos biológicos y sexuales produzca, en el campo intelectual, héroes. En el campo político, por el contrario, existe el riesgo de que “el elegido” sea un dictador.

No me sorprendió encontrar, en una poesía de Pound, un pasaje en donde se lee que “Hitler era una Juana de Arco, un santo, un mártir”, que él “como muchos mártires, tenía opiniones extremistas”.

Mr. Anderson: No tengo más preguntas que hacer por el momento.

El Presidente: La Defensa pidió que algunos escritores célebres pudieran expresar sus puntos de vista con relación a la importancia del acusado en la vida literaria. Teniendo en cuenta el carácter excepcional del caso al que se le ha sometido, la Corte, después de haber consultado a los jurados, admitió este procedimiento poco habitual. Abogado Cornell, adelante.

Julien Cornell: Ernest Hemingway, le suplico pasar a la barra de los testigos.

Rumor y empujones entre los periodistas.

Oficial: Mister Hemingway, ¿quiere decir su nombre y profesión?

Ernest Hemingway: Vaya al diablo usted y sus remilgos, amigo. Soy Ernest Hemingway y Ezra Pound es mi amigo. He dicho y basta. Ni siquiera he entendido una sola palabra de las

doctas pendejadas y de los chismes que hace poco han sido pregonados a propósito de sexo, fascismo y élites.

El Presidente: Mister Hemingway, estoy apenado pero...

Ernest Hemingway: ¡No me interrumpa! No me importa un comino que esté apenado. Lo que me disgusta es el trato que se le está dando a Ezra Pound. Lo digo con franqueza: quiero sacarlo de esta historia y les contaré dos o tres cosas de su vida. Ezra Pound y yo hemos estado siempre muy unidos... El estudio en el que vivía con su mujer Dorothy, en París, era sencillo así como el de Gertrude Stein era principesco. Consagraba a la propia actividad poética sólo una quinta parte de todo su tiempo... el resto lo empleaba para mejorar las condiciones materiales de sus amigos y las posibilidades concretas de sus obras artísticas. Los defendía cuando eran atacados. Los acomodaba en los periódicos, los hacía salir de la sombra. Les prestaba dinero, los ayudaba a vender sus cuadros, organizaba sus conciertos, les dedicaba artículos en los periódicos, hacía todo lo posible para que encontrarán mujeres acomodadas. Convencía a los editores para que les publicaran sus libros. Cuando se sentían cercanos a la muerte, pasaba la noche a la cabecera de sus camas y firmaba, como testigo, la última de sus voluntades. Les anticipaba los gastos de hospital o los disuadía del suicidio. Y para terminar, sólo alguno de ellos renunció a apuñalarlo por la espalda a la primera ocasión.

He aquí, señores míos ¡he aquí que tipo extraordinario eral Y todo lo que ha dicho esa excelente mujer del hospital, con sus historias de cerebros y de cojones, a mí me importa un bledo. ¿Está loco? ¿Y qué con esto? ¡Claro que está loco!... Al menos desde 1933.

Silencio, después aplausos. Se escucha la campanilla del Presidente.

El Presidente: Abogado, me veo en la penosa obligación de suplicarle que debe advertir seriamente a los testigos de usar un lenguaje conveniente y explicarles que la Corte no tiene necesidad de certificados de vida y de costumbres ejemplares, sino de testimonios de expertos.

Julien Cornell: William Carlos Williams, quiere pasar a la barra de los testigos? Mister Williams, usted conoció a Mister Pound en el periodo en que iban juntos a la escuela?

William Carlos Williams: Sí.

No explicar nunca nada, este era su lema. A esto se atenia, y a esto se atuvo también después, cuando se puso a escribir poesía. Vivía en las esferas más altas, esto era todo, más altas que todos los otros habitantes del planeta, en esferas inusitadas. Creo que esto constituye el rasgo de su personalidad... que ha terminado por llevarlo a la perdición. Trató de construirse un lugar al sol. Y si hubiera sido más afortunado en la cuestión financiera, lo hubiera logrado. Desde aquella época, y después también en Londres, se lanzó con todas sus fuerzas a la vida bohemia de los artistas, adoptando sus poses extravagantes y todo lo que tenía que ver con la forma de vestirse: aretes turquesa, chaqueta de pana y una cabellera llameante. Siempre peleábamos, él y yo, por saber cuál era el objetivo que un poeta debiera perseguir, si el caviar o el pan. Yo estaba por el pan, Ezra por el caviar. Imaginaba vivir la vida de un poeta de hoy y modelaba así una forma de vida que sólo pocos, entre nosotros, consagrados a esta noble actividad, osan adoptar, aún en nuestra época.

Julien Cornell: Gracias, Mister Williams. Quisiera pedir a un último testigo declarar brevemente: se trata de Mister T. S. Eliot.

T. S. Eliot: Es conocida la estrecha relación que me une a Ezra Pound, y tal vez se me permitirá limitarme a un solo aspecto de su personalidad, es decir a los esfuerzos que él jamás ha dejado de emplear para sustituir al mundo real por su contrario, el mundo de la forma pura. Estos esfuerzos dieron luz a su obra. Conforme se afirmaba la realidad de este segundo mundo, se volvía vital para él encontrar compañeros que tomaran en serio sus pretensiones elitistas o que directamente las compartieran. La elección existencial que hizo para sí mismo no era otra cosa que la elección de una *persona*, de una "máscara" en otras palabras. Vale decir que él ha escogido existir para los demás antes que existir "en sí".

Ustedes saben quizá que una de sus principales obras poéticas se llama *Personae-Maschere*. Tratemos de comprender aquí las razones profundas que lo han empujado a dedicarse en cuerpo y alma a los escritores y a los artistas de su tiempo, los cuales, "normalmente" hubieran podido ser para él sus adversarios. Una de sus costumbres era suplicarles; les pedía que escribieran bien, los constreñía, si era necesario. Hacía pensar a uno que trataba de hacer entender a un sordomudo que su casa se estaba quemando. No es posible atribuir esto únicamente a su actitud pedagógica; es también la expresión de su deseo apasionado no sólo de escribir bien él mismo, sino de vivir rodeado de personalidades con una potencia creativa igual a la suya. Les agradezco vuestra atención, señores.

El Presidente: Henos aquí al final de este juicio. Quisiera que para cada uno quede claro que no se trata de pronunciar un veredicto de culpabilidad o de inocencia. No hemos hilvanado un proceso, nos hemos limitado a escuchar a los expertos. Después de haber escuchado los diversos puntos de vista expresados ayer y hoy en esta sala, los señores jurados están en grado de formular su opinión: ¿Mister Pound es responsable o no de sus actos? Si no lo es, la jurisprudencia americana no permite procesarlo; en este caso él tendrá que ser transferido a una institución para enfermos. Por la misma razón, no puede hacerse una defensa por parte de su abogado. No obstante esto, he autorizado a la defensa a hacer una breve declaración antes de que el jurado delibere. Mister Cornell, por favor.

Julien Cornell: Señores jurados, señor Presidente.

Habiendo estudiado muy de cerca la obra y la vida de Mister Pound, habiendo escuchado los puntos de vista de los expertos, formularé mi opinión de manera clara y precisa: Ezra Pound, que vive en un mundo imaginario, a años luz de la realidad, no es responsable de sus actos. Él es un "poeta elegido". Un artista como él toma muy en serio sus fantasías, creo sinceramente en su propia superioridad y en su propia esencia divina. Se sustrae de la vida real para fabricarse una vida toda para él, una vida completamente hermética en la cual él llega, con relación a la realidad que lo circunda, a una prioridad absoluta. También su rechazo del sistema económico americano se explica a partir del siguiente fenómeno: teniendo la certeza de que él y sus amigos estaban creando los verdaderos valores de nuestra época, llegó fácilmente a la conclusión de que la falta de reconocimiento a sus méritos, hecho manifiesto por las dificultades financieras, la perpetua ausencia de honores, de poder, de riqueza y de gloria —esta falta de reconocimiento— era el signo fundamental de una deshonestidad de todo el sistema.

Permítanme concluir citándoles una parte de la carta que escribió el escritor y científico Leslie Fiedler, dado que él no pudo participar en la audiencia de los testigos:

"La relación del poeta con la opinión pública de Estados Unidos —tal como aparece a ésta— es de orden erótico o sentimental; la relación de la opinión pública con el poeta —tal como aparece a este último— es de orden jurídico. Mientras el poeta cree desarrollar una delicada operación de propaganda oral o bien una cinica empresa de seducción escrita, el lector o el escucha imagina encontrarse ante la presencia de testimonios o pruebas y no se decide a favor del 'sí' o del 'no', sino que resuelve la cosa en términos de 'culpable' o 'inocente': culpable en razón de su demencia o bien, en el caso de Ezra Pound, por ambas cosas".

Señores, les agradezco vuestra atención.



Epílogo

Ezra Pound desapareció en un manicomio por doce años. Lo habían declarado irresponsable de sus actos: así no se le podía condenar ni indultar. En el manicomio lo encerraron en una celda colectiva con muros acolchados, en medio de internos con camisa de fuerza, después lo trasladaron a una celda abierta donde estaba autorizado a recibir algunas visitas; enmoheció a lo largo de aquellos doce años en el *St. Elizabeth Hospital*.

Suena el teléfono:

Voz femenina: Mr. Luce's office, *Life Magazine*, may I help you?

Robert Frost: Soy Robert Frost... ¿Puedo hablar con Mister Luce?

Mr. Luce: Bueno, ¿Mister Frost? habla Luce. ¿Qué puedo hacer por usted?

Robert Frost: Muchas cosas, me temo. Lo llamo porque necesito su ayuda, quisiera que su revista publique un llamado a favor de Ezra Pound. Usted conoce la historia, son ya doce años que él se pudre en un manicomio...

Mr. Luce: ¡Santo Dios! ¿Ha pasado tanto tiempo ya? Sí, obviamente recuerdo toda aquella historia. Pero, ¿usted qué espera de mí?

Robert Frost: Pound es de verdad un caso especial; aún hoy, en todo el mundo, existen personas que admiran su poesía. Si intercedo a su favor, es porque están en juego antes que nada, si se me permite la expresión, los intereses de un escritor especial, pero también en general porque está en juego la causa de la literatura.

Trate de entenderme... creo hablar no sólo a mi nombre, también a nombre de mis amigos Hemingway, T. S. Eliot y Archibald McLeish: no se puede dejar morir a Pound allí donde ahora se encuentra. Sería una vergüenza para América y un ultraje irreparable para la literatura americana.

Mr. Luce: Su énfasis me gusta. Supongo que usted tiene razón, pero...

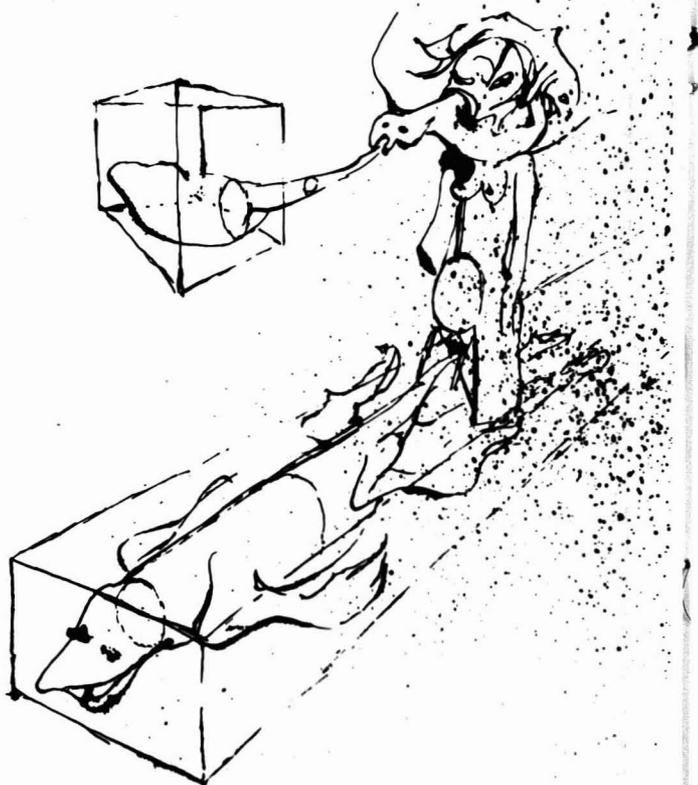
Robert Frost: Mire, para mí es evidéntísimo que Pound se descarrió movido por su egoísmo frenético; pero siempre se ha disculpado aceptando sus errores, aún los más flagrantes, sólo por amor a su país, jamás lo hizo con la intención de traicionar. Siendo sincero, todo esto me parece confuso, aborrezco personalmente este género de distinciones. Pero no se trata ni siquiera de esto; aquí está en juego el destino de un viejo de 72 años con la cabeza fuera de su lugar. Es un simple problema de clemencia. Este es el sentido de mi iniciativa: no tiene nada que ver con la lógica, ni con la voluntad de reparar o con la preocupación de establecer responsabilidades, se funda únicamente en el espíritu de clemencia.

Mr. Luce: ¿Por qué se dirige usted precisamente a mí? Usted sabe que *Life* es un semanario conservador, algunos lo llaman reaccionario. ¿Piensa sinceramente que *Life* sea el vehículo conveniente para hacer un llamado a la clemencia?

Robert Frost: En nuestro caso, cualquier medio es bueno. Y *Life*, dado su gigantesco público, no es el peor. Mister Luce, usted no está fuera de las ambiciones literarias: el texto de Hemingway que usted publicó le valió el premio Nóbel, el mismo Hemingway explicó que en verdad el premio le correspondía de derecho a Ezra Pound.

¿No es esta "una ocasión para explotarla", como suele decirse en vuestra profesión?

Mr. Luce: Le prometo ocuparme del caso. Le agradezco su llamada. Lo tendré al corriente.



Mr. Luce (se escucha una máquina de escribir que parece trepidar siguiendo la orden de la voz):

—Chao Bárbara. Siéntese. ¿Podemos empezar? Entonces, encabezado: *Un artista recluso*.

“Tokyo Rose, el americano traidor a la patria que, en el curso de la segunda guerra mundial, durante algunos años, difundió en onda corta transmisiones escandalosas dirigidas contra América, Tokyo Rose, fue liberado ayer. Otro criminal de guerra, el general nazista Sepp Dietrich, responsable de la masacre de Malmedy en 1944, también fue puesto en libertad —en seguida de la liberación de muchos otros, que por cierto tampoco tenían las manos limpias. Si después de diez años ha sido posible perdonar u olvidar este tipo de crímenes, resulta oportuno entonces reexaminar el caso de Ezra Pound. Son ya más de diez años que él está en un hospital para enfermos mentales, *St. Elizabeth*, en Washington. Fue encerrado con el consentimiento de su abogado defensor después de que la Corte reconoció que no era responsable de sus actos. De esta forma pudo eludir un proceso por alta traición. Está internado de por vida, y mientras permanezca allí no podrá ser juzgado ni indultado.

“La prensa de Francia y de Italia, países donde Pound vivió por muchos años, no deja de publicar, de vez en cuando, llamados dirigidos al gobierno de Estados Unidos, solicitando la libertad de un viejo que en el pasado obtuvo grandes méritos. Por supuesto estos comentarios europeos ignoran la extrema complejidad jurídica del caso, pero subrayan, con justa razón, que cada gobierno es dueño de la libertad y de la no-libertad de sus ciudadanos. Una solución, por ejemplo, sería aquella de calificar de inofensiva la irresponsabilidad de Pound, cosa que le permitiría regresar a Europa si él lo deseara. Un ministro del parlamento italiano se sintió con el deber de declarar: ‘Si el gobierno americano se permite, sin consultarnos, reexpa-

triar sin ningún proceso gente como Lucky Luciano, ¿por qué no entonces podría enviarnos a Ezra Pound, cuyo regreso nos sentimos con derecho de reclamar?

“Nuestros críticos europeos utilizan el caso de Pound para reprochar a la América, en términos generales, el desprecio con que trata a sus poetas y sus artistas y el mal uso que hace de sus celebridades.

“No olvidemos que Pound dejó Estados Unidos en el lejano 1907 y que fue el origen de una importante corriente literaria experimental, la cual constituyó en Europa el centro de reunión para todo un grupo de escritores cansados de América. Es cierto, en su búsqueda de un país que manifestase respeto y deferencia con relación a los artistas, Pound perdió el sentido de toda proporción, como bien lo dijera uno de sus críticos, Mark van Doren. Pero sin lugar a dudas, Pound dió las bases para una poesía lírica anglófona. Ha hecho más por la lengua y la literatura inglesa que ningún otro autor viviente.

“La celda de Pound en el *St. Elizabeth Hospital* ha sido definida como el ataúd que encierra el esqueleto de un héroe nacional. Tal vez existen buenas razones para tenerlo encerrado, sin embargo no hay ninguna razón para hacer como si no existiera.

“Los crímenes de la segunda guerra mundial están envejeciendo. Tal vez han encanecido al punto de merecer el perdón. Esta razón, aunque fuera la única válida, debería llevar a reexaminar el caso Pound”.

Lo que sigue a continuación debe ser dicho con el tono típico de los corresponsales radiofónicos. El cable viene transmitido desde Italia.

Queridos radioescuchas, buenas noches. Desde el estudio III de la CBS de Nueva York, Norbert Fishman. Hace algunos días, después de doce años de encierro en el hospital psiquiátrico *St. Elizabeth* en Washington, el poeta y ensayista Ezra Pound ha sido liberado en una audiencia informal que duró pocos minutos. Mister Pound no pronunció ni una palabra durante toda la audiencia y sólo emitió un “sí” rápido dirigido a los reporteros cuando éstos le preguntaron si regresaría sin demora a Italia, el país en el que había vivido hasta el momento de su arresto, en mayo de 1945. No fue posible obtener de Mister Pound una entrevista larga —envuelto en un enorme chal amarillo cubierto de caracteres chinos— permitió solamente que los enviados de la prensa lo fotografieran.

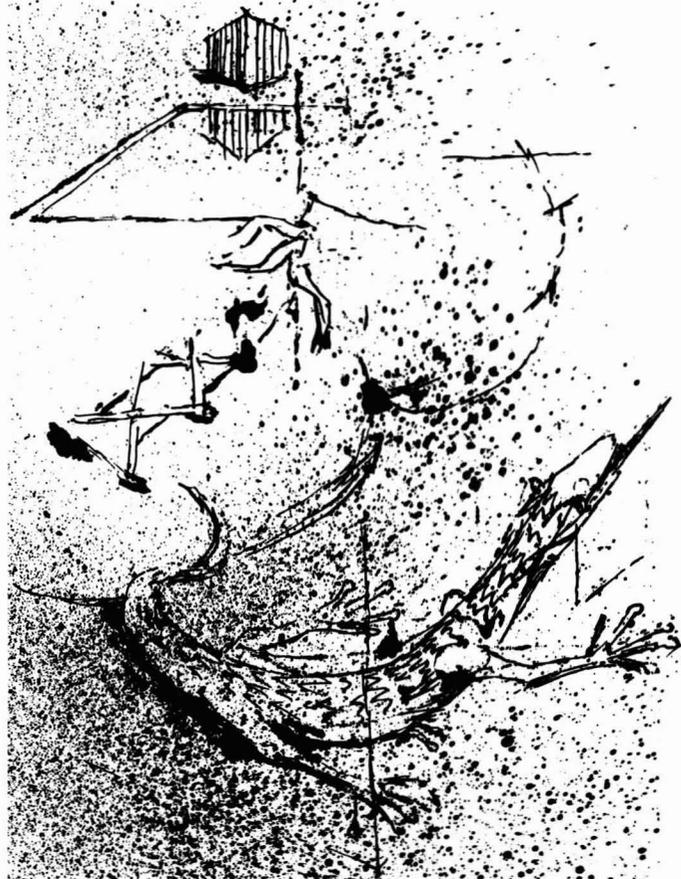
Días después, Ezra Pound llegó a Italia y nosotros le pedimos a Allen Ginsberg, el escritor que como ninguno de la joven generación muestra una veneración hacia el poeta, si podría tener un coloquio con Ezra Pound, en Venecia, para la CBS.

Escucharán desde Venecia a Allen Ginsberg:

Allen Ginsberg: Encontré a Ezra Pound sentado en la placita frente a su pensión, un Pound mudo, agrio, más bien melancólico. Obtuve como única respuesta a mis preguntas el incansable jugueteo de sus manos. Intenté con mucha cautela romper ese silencio plúmbeo estrechándolo —sí, lo confieso, besándolo respetuosamente en la frente:

“Para mí, así como para tantos jóvenes poetas, usted ha sido un auxilio inestimable, usted como poeta pero también su concepción de la poesía, según la cual sin las cosas no existirían las ideas. El estilo de su poesía ha ejercido una influencia inmediata y clara sobre mi personal concepción de la escritura.

“¿Lo que estoy diciendo tiene algún sentido para usted?”
Largo silencio, después un murmullo febril, titubeante, una voz destrozada por los años...



Ezra Pound: Sí. Pero mis poesías, aquéllas, no tienen ningún sentido. Me dí cuenta, a los 70 años, que mi existencia no había sido quimérica, sino simplemente imbecil.

Allen Ginsberg: Queda de todas formas el hecho de que su obra, esta construcción artística de palabras y de frases, fue el punto de partida necesario para mi evolución personal.

Ezra Pound: ¡Que caos!

Allen Ginsberg: ¿De qué está hablando? ¿De usted, de sus *Cantos* o de mí?

Ezra Pound: De mi obra. Estúpida e inculca de principio a fin. Y sin embargo mi error más grave fue mi antisemitismo, este estúpido prejuicio pequeño burgués.

Allen Ginsberg: Soy feliz de escucharle decir esto. Usted, de cualquier forma, nos ha indicado el camino. Entre más lo leo más me persuado de que su poesía es la mejor lírica de nuestro tiempo. Y con relación a sus declaraciones sobre la economía y la política, usted tenía razón. Lo constatamos cada día de la manera más clara en Vietnam. Fue usted el primero que nos hizo ver quiénes son los que sacan provecho de la guerra.

¿Me permite bendecirlo y leerle una de sus poesías?

Ezra Pound: Sí.

Allen Ginsberg:

*Rosa, tu conservi i tuoi petali
Fino alla fine del tempo delle rose.
Credi tu ai baci della morte?
Credi tu che la Dimora Oscura
Ti troverà amante più sicuro
Di me, e che ti piangeranno le rose?
Preferisci il mio mantello a quel mantello
Che copre di polvere un giorno troppo vecchio,
Perché dovresti guardarti dal tempo
Piuttosto che dagli occhi miei. ◇*